

## “ALEA JACTA EST?”

“Cuando vemos que un robot actúa como un humano normalmente hay un truco detrás. De hecho, nuestros robots más avanzados, como los robots exploradores del planeta Marte, tienen la inteligencia de un mosquito.” De esta forma Michio Kaku, reconocido físico teórico, sentencia la gran ofuscación del hombre: jugar a ser Dios. Desde tiempos inmemoriales el constante intento de creación de vida inteligente se ha dejado entrever en cada una de las culturas que ha originado el ser humano. Desde los célebres mitos griegos de Pigmalión hasta la primitiva robótica de Herón de Alejandría. Desde el famoso Golem hasta los desconocidos Tupilaqs inuits. Hoy, este bagaje místico y cultural lo recoge uno de los caminos que está tomando la robótica, dotar de hálito vital a un robot, deviniéndolo en persona.

Sin duda alguna la tecnología avanza de forma vertiginosa haciéndola expandir hasta confines insospechados. Desde la primera gran victoria de la IA sobre el ser humano, con la derrota de G. Kaspárov, se han conseguido progresos extraordinarios. La composición musical ya ha sido irrumpida por la IA con la computadora Iamus. Los algoritmos genéticos son capaces de provocar procesos evolutivos en poblaciones ficticias. Y en el más sorprendente, el robot NAO, se encuentra el posible germen de la consciencia artificial, siendo capaces de reconocerse a sí mismos. Aún así, la gran pregunta radica en si será el momento de quitarnos la venda antropocentrista que tapa nuestros ojos, es decir, ¿de verdad conseguiremos crear “a nuestra imagen y semejanza”? Y si lográsemos tan arduo objetivo, ¿qué consecuencias tendría?

El científico de la computación E. Dijkstra muestra su escepticismo hacia dicho asunto con intención de ir más allá: “El esfuerzo de utilizar las máquinas para emular el pensamiento humano siempre me ha parecido bastante estúpido. Preferiría emular algo mejor”. Sin embargo, quizás el hecho de crear una reproducción de nuestra mente sea la única terapia de choque para solucionar nuestra crisis existencial. Crisis que está provocada por nuestro recóndito desconocimiento interior, por la búsqueda del quiénes somos y del quién soy, es decir, de nuestra metafísica individual e íntima. Estas cuestiones, que actualmente escapan a nuestro alcance epistemológico, se resumen en la indagación de nuestra identidad, la identidad humana.

El intento, o hasta ahora utopía, de crear una persona artificial pasa por ahí, por averiguar qué es la consciencia y, por ende, la identidad personal. Este tema es deliberado con creces por la corriente empirista, especialmente en el "Ensayo sobre el

Entendimiento Humano" de J. Locke. Prosiguiendo con los empiristas, dicha corriente filosófica trata de responder a tres cuestiones claves para entender el concepto de persona: ¿Qué hace que alguien sea el mismo hombre a través del tiempo? ¿Es posible que siga siendo yo aunque fuese otro hombre? ¿Seguiría siendo yo si no hay hombre? Es esta última pregunta la que gozará de mayor trascendencia en los años venideros. Según el científico R. Kurzweil, sobre el año 2045 existirá la posibilidad de hacer "back up" a nuestro cerebro y por consiguiente, obtener la inmortalidad de la mente. Asimismo, corrientes como el idealismo volverían a entrar en escena. Ya que el "back up" almacenaría nuestras ideas sin necesidad de mente física, esta postura filosófica podría volver a ser objeto de discusión, siendo junto con la ciencia las futuras encargadas de establecer los límites de la mente.

Sin embargo, no es la robótica quien retoma las cuestiones anteriormente mencionadas, sino el transhumanismo. Esta podría ser la alternativa a la creación de una persona respaldada por una inteligencia artificial. Consistiría en un sustrato no biológico apoyado por una conciencia humana. A todas luces, esta última propuesta es la que trae más futuro, con proyectos como Avatar 2045, propios de ciencia ficción.

A pesar de la gran importancia que está adquiriendo actualmente el transhumanismo, esta corriente filosófica es también vituperada. Entre sus detractores encontramos filósofos tales como J. Habermas o F. Fukuyama, siendo sus principales críticas la eugenesia y la pérdida de la vida plena debido a la anulación de la existencia finita. Como nos ha dejado ver la historia, la eugenesia, sobretodo en la Segunda Guerra Mundial y Postguerra, fue utilizada como excusa para la "higiene racial" y la exterminación. Asimismo, sus detractores inciden en la inmoralidad que representa, y de igual manera en sus bases, fundamentándola de pseudociencia. Pero con la existencia finita las tornas cambian. Puesto que no disponemos de referentes empíricos anteriores, nunca podremos saber la veracidad de dicha argumentación. En cambio, si optamos por la misma línea argumentativa, insto al lector a transmutar el deseo de aprovechar la efímera vida, por el deseo de conocimiento, de madurez, en definitiva, de curiosidad. Sólo la imaginación podría prever la cantidad de avances que ocurrirían en todos los diversos campos epistemológicos humanos.

Sin embargo, por muy sobrecogedor que suene, la deshumanización es un problema endémico y normalizado en nuestra sociedad. Esta entendida como el despojo

de nuestras características humanas, se inicia en la educación. Educación bulímica que nos hace yacer en un lecho de Procusto del que no conocemos dueño. La cual nos atrofia más que nos enriquece, haciéndonos perder lo más valioso que posee el ser humano: el juicio crítico. Asimismo, otros factores influyen de igual manera en la mencionada deshumanización, tales como la tecnología. Esta nos hace perder nuestra moral al no ver el daño que provocan nuestras palabras, ya que lo que vemos es una pantalla y no un rostro. Perdemos nuestra parte social, la cual daba tanto valor Aristóteles, sólo porque preferimos teclear a conversar. Perdemos nuestra cultura debido a una feroz globalización en la cual una civilización poderosa se sobrepone a las demás. Llegados a este punto del discurso, la cuestión inicial: ¿Podrá el ser humano crear una persona artificial? Evoluciona en la siguiente: ¿Podrá el humano devenir en robot?

Dejando atrás las cuestiones puramente filosóficas, y adentrándonos en la supuesta llegada de una persona artificial, o en su defecto una inteligencia artificial lo más cercana a la racionalidad humana, los problemas que surgen son diversos. Actualmente, la automatización del mercado laboral en países como Japón es una tendencia cada vez más aceptada por los empresarios. Ya no hablamos de una máquina que realiza un proceso productivo, como en el caso de los ludópatas, estamos hablando de máquinas que piensan. Nos referimos al trabajador perfecto, al de la jornada de 24 horas, sin vínculos afectivos y con el único coste de su mantenimiento. En definitiva, el empleado soñado.

Este hecho desencadenaría un desempleo estructural impactante. Llegados a esta cuestión, topamos con un punto de inflexión que marcará un antes y un después. ¿Solucionar el paro con más producción hasta saturar el mercado, o transformar la desutilidad del trabajo en el "bios theoretikos" aristotélico?

A partir de aquí la dicotomía pasa por continuar con los valores adquiridos del protestantismo europeo, o moldearlos hasta convertirlos en los valores grecorromanos, en los cuales, el ocio se entiende como actividad sustancial y necesaria para el desarrollo del hombre. Platón hablaba en sus diálogos de ciudadanos que deliberaban sobre asuntos divinos y humanos, mientras que los esclavos trabajaban. Cicerón, a su vez, ponía de manifiesto el "otium cum dignitate", declarando el ocio como "lo que está en primer lugar y es lo más deseado por los hombres". Por tanto, en nuestras manos está comprender el proceso tecnológico como la liberación del hombre del trabajo alienante, o como una reducción en los costes de producción con el fin de adquirir más competitividad.

Ahora bien, no vamos ciegos por el nuevo sendero que está abriendo la tecnología. Muchos pensadores ya versaron sobre estos temas, siendo ahora nuestra tarea dotarles de contexto actual. Sin ir más lejos, en el libro “Fenomenología del Espíritu” de Friedrich Hegel destaca el pasaje de la dialéctica del amo y del esclavo, el cual podría servir de gran utilidad para comprender lo que nos depara el futuro.

La declinación por la postura mediterránea nos posicionaría como amos. Los robots representarían el papel de esclavos. Y es en este punto en el que surge la disyuntiva: hacer persona al robot o no. Si se resolviese por devenirlo entraría dicha dialéctica en funcionamiento, haciéndonos vivir en una burbuja aislada de la realidad y cada vez más dependientes de los robots, hasta que finalmente tomen consciencia de su posición y nos arrebaten nuestra supremacía. En compensación, la otra posible opción sería sencillamente no dotarles de tal privilegio monopolístico que ostentarían los seres humanos. En contraposición, la continuación protestante nos depara otro futuro. La sobreproducción no tendría mercado al que parar, por lo que la necesidad pasará por aumentar el número de consumidores. Todo mediante la implantación de deseos, que para Hegel es lo que nos diferencia de los animales. Sin percatarnos habremos vuelto al punto de partida, pero esta vez el dominio no es tan directo, sino que es económico, cumpliéndose así el complejo de Frankenstein.

En definitiva, la gran respuesta no la dará la filosofía. El dictamen vendrá dado por el gigante de pies de barro de la actualidad: la economía. Es verdad que las respuestas a nuestras preguntas existenciales pasan por ahí, pero no siempre el capital está al servicio del conocimiento. Desde la antigüedad, el ser humano ha intentado la ardua tarea de recrearse a sí mismo artificialmente. Mientras más avanza la tecnología más sentimos que nos aproximamos a este objetivo. Sin embargo, paulatinamente, el hilo del que pende la espada de Damocles cernida sobre nuestra sociedad se va estrechando. Parece que no somos conscientes de las consecuencias que tienen nuestros actos, y que una vez abierta la caja de Pandora que representa la IA, no se podrá cerrar. Y más aún si se guían por fines crematísticos, en contraposición a los meramente cognoscitivos.

Solo nos queda esperar a ver lo que “Don Dinero” tiene deparado para nosotros, si al final lograremos ganar el juego de ser dioses, o simplemente alcanzaremos la singularidad como augura el transhumanismo. Eso sí, si antes nosotros mismos no devenimos en robots. “Alea jacta est”.

A. K. A